

El acuerdo como fruto del mal

José Carreño Carlón

En el cercano o para estas horas ya consumado acuerdo en el Senado para ratificar el nombramiento presidencial del nuevo procurador general de la República, así como en los acuerdos en curso para sacar adelante el paquete fiscal y presupuestal para encarar la crisis, habrá costos para las partes y para la percepción que en México se tiene de los acuerdos políticos.

Y es que grupos parlamentarios como el más poderoso, el del PRI, exageraron su rechazo a las propuestas del Ejecutivo bajo el supuesto —real— de que en el debate público mediado por el periodismo son mejor apreciados los mensajes beligerantes, portadores de controversias y confrontaciones, que los mensajes de concordia o de entendimiento. Pero no calcularon los efectos que produciría en sus bases de credibilidad su precipitado regreso a la aceptación pasiva o activa de las propuestas presidenciales.

Las principales voces de la oposición en el Congreso ocuparon así un lugar destacado en la agenda de los medios al trazar un escenario percibido como de crisis inminente, por la supuesta inviabilidad de las propuestas presidenciales: una ofrenda más para la concepción mediática que plantea que todo aquello que para las instituciones públicas es crisis, para los medios es auge informativo e incremento de audiencias, de lectores y a la postre de ventas.

Ganaron así gran visibilidad los más altos portavoces de la oposición parlamentaria, a partir de su conocimiento y su manejo de los criterios selectivos de los medios, según los cuales suele haber mayor atención de reporteros y editores y más valor noticioso en los conflictos que en los arreglos entre las partes.

La verdad sospechosa

Así se explica que cuando se han logrado o están próximos a lograrse arreglos como los que se esperan de la actual Legislatura, aparezca irresistible el impulso mediático por el desarreglo.

Porque a partir del sobreactuado rechazo opositor de hace apenas dos semanas a las

propuestas presidenciales, contrastado con el cambio de curso hacia el arreglo en las últimas horas, es de esperarse que surjan recelos y sospechas, especulaciones e indagaciones mediáticas tendientes a atribuirle a los arreglos todo tipo de móviles inconfesables, conspirativos y oscuros.

En la lógica de los medios es esta una operación que ciertamente le agrega valor noticioso a las negociaciones, al convertirlas en una verdad sospechosa y al envolverlas en consecuencia en la controversia, siempre mediáticamente valiosa. Pero tampoco hay que perder de vista que con estos impulsos los medios cumplen a su vez sus funciones de escrutinio de todo movimiento de los actores públicos, incluyendo sus acuerdos en el Congreso. Y por supuesto que esas funciones de los medios resultan también de lo más valiosas para informar la esfera pública con los debates y en su caso los hallazgos sobre qué hay detrás de esos acuerdos y qué puede haber adelante como retribución política o de alguna otra índole para las contrapartes.

Violación de expectativas

El problema se complica cuando los actores públicos y sus consultores en comunicación e imagen creen entender estas pulsiones y funciones de los medios y pretenden neutralizarlas o ponerlas a su servicio. Porque no parecen reparar en que al ganar visibilidad gracias al valor noticioso de su rechazo violento al Ejecutivo —para pasar enseguida al arreglo no satisfactoriamente explicado—, se violan expectativas de audiencias y lectores a costos mayores que los beneficios de la visibilidad inicial.

Y hay un problema mayor. Con esta tendencia a reducir la función de los actores políticos, especialmente la de los parlamentarios, a incidir en la agenda de los medios, pasando por alto las funciones de educación, orientación y formación de ciudadanía, se alimentan los peores impulsos de una sociedad como la mexicana que lamentable, pero explícitamente, no suele ver en el acuerdo la expresión más alta del quehacer político, sino un fruto sospechoso del mal.

jose.carreno@uia.mx

Académico

